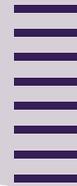




ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ
Vicaría de Evangelización



Para sembrar la esperanza durante la Cuaresma



Presentación

Estimados hermanos en el sacerdocio de Nuestro Señor Jesucristo:

Seguimos en marcha, haciendo el Camino Discipular Misionero. Desde el Adviento pasado iniciamos nuestra disposición y preparación para la “salida misionera 2024”.

La Cuaresma de este año nos brinda la oportunidad de continuar la preparación para dicha salida. Se trata, en el fondo, de disponernos al reencuentro personal y comunitario con Cristo vivo que, con su amor misericordioso, sana nuestras heridas, perdona nuestras culpas y nos transforma en hombres y mujeres nuevos. Una vez más, siguiendo el camino cuaresmal, podremos experimentar, por la gracia de Dios, la conversión y dar testimonio renovado de su amor desbordante e incondicional.

Nuestra salida misionera será fundamentalmente hacernos presentes, acercarnos, escuchar, dialogar, dar testimonio y contar, a quien nos encontremos (ceranos y lejanos), según sus búsquedas, lo que ha acontecido en nuestro camino de vida y de fe, la experiencia de la misericordia que el Señor resucitado ha tenido con nosotros, su presencia y acción transformadora.

La oración personal y comunitaria nos traerán, sin duda, muchos frutos de conversión, la alegría del Señor y el fortalecimiento en la gran Esperanza. Agradecemos al padre John Álvaro Jiménez Carvajal que ha contribuido con la elaboración de esta propuesta de meditaciones para la cuaresma. Que Santa María del Camino siga acompañándonos e intercediendo por todos nosotros. Bendiciones.

+ Germán Medina Acosta
Obispo Auxiliar de Bogotá
Vicario de Evangelización





Primer Domingo

El desierto

Cf. Jesús en el desierto (Mc 1, 12-15)

El desierto ha simbolizado tanto en la tradición bíblica como en la espiritual el lugar de la exigencia y de la confrontación. Evidentemente, año tras año, al inicio de la cuaresma, la fuerza de este ambiente representa una seria insinuación que nos sumerge, sin demoras en la experiencia de la prueba.

En clave de esperanza, quien se introduce en las profundidades del desierto cuaresmal acepta de antemano el difícil reto de la perseverancia, un desafío que además de prolongarse durante cuarenta días -un largo período-, requiere de la fidelidad y de la fuerza de voluntad de aquellos que se han propuesto vivir esta experiencia como un fecundo itinerario de transformación.

Y es aquí en donde la contundencia del propósito tiene que ser superada por la radicalidad de la perseverancia: solo quien persevera, alcanza; frase de cajón a la que en repetidas ocasiones recurrimos para alentar a otros, pero que ahora bien podría convertirse en un interesante proyecto personal de cuaresma que estimule nuestra voluntad en las decisiones y nuestro ánimo en el amor.

Con toda seguridad seremos probados, y sentiremos la tentación de desistir; será entonces la oportunidad de retornos a nosotros mismos, de poner a prueba nuestra voluntad, y de demostrarnos qué tan fuerte es nuestro amor, porque finalmente





solo es el amor por el Maestro quien da sentido a nuestra vida y el que justifica tan ardua tarea de perseverar, caminando hacia la Pascua, hasta cosechar con alegría los frutos de nuestra fatiga.



Como trabajo para esta primera semana de cuaresma, sugerimos recordar cuáles han sido esas grandes pruebas de la vida que hemos tenido que afrontar, dando especial importancia a aquellas que hayamos superado. Luego de hacer memoria, responder a los siguientes interrogantes:

- ¿Qué fue lo más difícil de esas pruebas?
- ¿Cuáles fueron mis motivaciones para afrontarlas?
- ¿Cuáles fueron mis decisiones para superarlas?
- ¿Qué motivos tengo este año para afrontar con esperanza la cuaresma?
- ¿Qué decisiones serán necesarias para vivir intensamente este tiempo litúrgico?

Y por qué no...?

Esta semana, salir al encuentro de alguien que esté sufriendo una difícil prueba para rezar con ella.





Segundo domingo:

El monte

Cf. La Transfiguración de Jesús (Mc 9, 2-10)

Las largas caminatas suelen ser exigentes, sobre todo cuando el camino no es uniforme y, en ascenso, nos va conduciendo hacia una alta cima. En estas condiciones, conforme se avanza, también se va experimentando el rigor del cansancio, que puede llegar a vencerse cuando la expectativa de alcanzar la cúspide de la montaña resulta preferente.

En clave de esperanza, la cima de un alto monte siempre representa una meta. Todos tenemos grandes metas, que de una u otra manera van definiendo el horizonte de nuestras vidas. Sin embargo, algunas de esas metas muchas veces aparentan ser inalcanzables porque en determinados momentos del camino pueden llegar a dominarnos la frustración, el agotamiento o el desencanto.

Para el Maestro, la meta siempre es alcanzable, pese al rigor del recorrido; son los discípulos los que necesitan recuperar la esperanza, aprendiendo a ver más allá de los singulares obstáculos de camino a la meta. Somos nosotros los que siempre estaremos necesitados del respaldo del Maestro, para que sea Él quien con su





Palabra y sus grandes sorpresas siga estimulando nuestro paso firme y constante que nos conducirá finalmente a la consecución de nuestros objetivos.

Al subir la montaña de la santa cuaresma no dejemos de mirar hacia arriba, ni de poner allí nuestro propio corazón. Abramos nuestro espíritu y nuestros oídos a la escucha del Maestro, y permitamos que su grata compañía repotencie nuestros pasos al andar, sin temor a la exigencia, que para nosotros también se llama cruz.



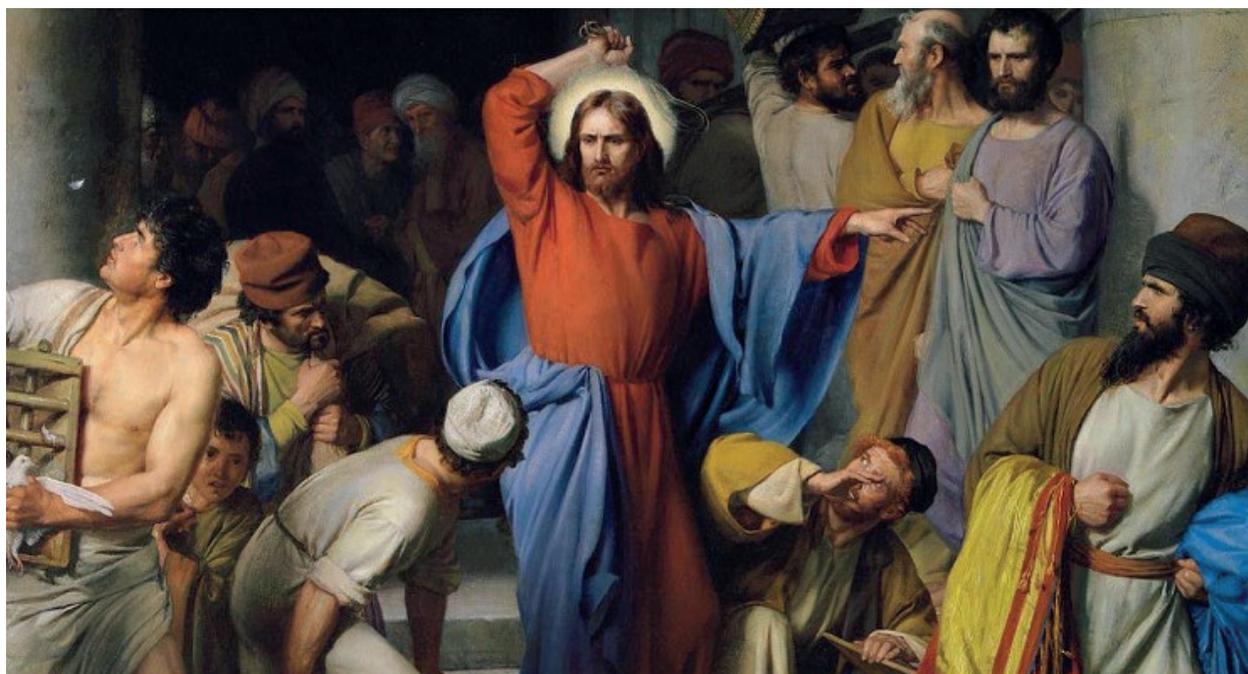
Como trabajo para esta segunda semana de cuaresma, sugerimos considerar cuáles han sido las grandes metas y propósitos que nos han acompañado a lo largo de nuestra vida. Luego de hacer memoria, responder a los siguientes interrogantes:

- ¿Qué metas he logrado alcanzar?
- ¿Qué sentimientos experimenté al alcanzarlas?
- ¿Qué fue necesario para alcanzarlas?
- ¿Qué metas han quedado inconclusas?
- Si pudiera hacer algo en este momento para alcanzarlas, ¿lo haría? ¿qué sería necesario?
- ¿Qué meta concreta quisiera alcanzar en este cuaresma?
- ¿de qué modo podría alcanzarla?

Y por qué no...?

Esta semana, peregrinar a Monserrate (un buen plan sería hacerlo en grupos sacerdotales o de arciprestazgo).





Tercer domingo:

El templo

Cf. Jesús en el Templo (Jn 2, 13-15)

Para gran parte de las personas espirituales, indistintamente de las convicciones religiosas, el templo es en verdad un lugar muy importante. Cuánto más para nosotros que buena parte de nuestra vida hemos estado en función del lugar sagrado, trabajando incansablemente por construirlo y por mantenerlo digno y decoroso como corresponde a su condición.

En clave de esperanza, el Templo, o mejor dicho nuestros templos, son o deberían ser imagen y representación del tiempo futuro que anhelamos alcanzar. El espacio sagrado, por ser lo que es, irrumpe místicamente en medio de nuestros vecindarios como un lugar distinto de los demás. Sin importar las bondades o deficiencias características de los contextos más o menos convulsionados de nuestras realidades, la iglesia es un lugar diferente, porque ella habla de la presencia de Dios en medio de una comunidad.

La reacción del Maestro ante la desacralización del Templo de Jerusalén no es de extrañar: los judíos no podían permitirse que este perdiese la esencia que constitutivamente le pertenecía; ello explica la actitud enfática de Jesús, quien horrorizado constata cómo lo sacro ha cedido paso a lo profano. Así fuere necesario destruir el Templo, para luego reconstruirlo, Jesús en referencia a la pascua y





hablando de sí mismo, exige una renovación total no solo de las estructuras, sino además y principalmente, de la propia persona. Si el Templo se ha contaminado, es porque sus líderes también lo están.

Acercándonos a la mitad de la cuaresma podríamos reconsiderar que una de nuestras responsabilidades es velar por los templos que se nos han confiado y de muchas otras tareas asignadas; pero además y no menos importante, deberíamos sin demora alguna revisar cómo nos estamos cuidando a nosotros mismos. Cuidar de la belleza de nuestras iglesias, exigirá cuidar de la propia santidad de vida con la que conducimos la marcha de nuestras comunidades y respondemos a nuestros encargos. En palabras más sencillas, de la mística del sacerdote, dependerá en gran medida la mística del lugar sacro; del corazón sano y siempre alegre del sacerdote, dependerá que nuestras iglesias sean en verdad casas de puertas abiertas, amables y acogedoras, en las que cada fiel y nosotros mismos podamos experimentar ya el cielo en la tierra.



Como trabajo para esta tercera semana de cuaresma, sugerimos hacer una especie de balance administrativo y espiritual sobre lo que ha sido nuestra gestión al servicio de las tareas desempeñadas, y sobre nuestra propia autogestión en lo que respecta al plano de lo personal. Luego de revisar en nuestro interior, responder a los siguientes interrogantes:

- ¿Cuáles son mis sentimientos cuando día a día llego al templo, a la sacristía, al confesionario, a la oficina parroquial?
- ¿Cuáles podrían ser los sentimientos de mis feligreses cuando acuden a estos mismos espacios?
- ¿Considero que mi parroquia es un lugar acogedor, amable, cálido, que muchos sienten el placer y la necesidad de frecuentar?
- ¿Cómo creo que me perciben mis feligreses a nivel humano y a nivel pastoral?
- ¿Qué será necesario “destruir” y “reconstruir” de las estructuras materiales y personales para purificar y cualificar la propia praxis ministerial?



Y por qué no...?

Esta semana, acudir a la propia confesión.





Cuarto domingo

El otro

Cf. Jesús y Nicodemo (Jn 3, 14-21)

La conversación entre el Maestro y Nicodemo pasa de ser un simple debate en el que afloran sobre la mesa posturas doctrinales. Se trata en todo sentido de un encuentro amable y reconfortante de quienes gustan de una amigable charla y de quienes saben apreciar las palabras y la compañía del otro.

En clave de esperanza, “el otro”, es decir, cada interlocutor pone en evidencia nuestra necesidad de diálogo y de encuentro. Los sacerdotes, que por nuestra condición de vida somos tildados muchas veces de ser hombres enigmáticos y solitarios, en verdad estamos inmersos en un mundo de relaciones que nos ofrecen, en distintos niveles, ocasiones para vencer la tentación de la soledad y para exteriorizar un mundo de sentimientos y percepciones que también nos pertenecen, y que siempre será necesario liberar.

En un ámbito más amplio y estrictamente vinculado a nuestro oficio, la homilía, las confesiones, y la atención pastoral son en principio aquellos espacios casi que obligados que de manera inevitable nos ponen en contacto con los otros. Ciertamente, y aunque importantísimos, no serán suficientes; además, las buenas amistades y en algunos casos la cercanía de los propios parientes nos ofrecen un





plano totalmente distinto en donde, amparados por la espontaneidad, la discreción y la confidencialidad, gustamos de gratas y saludables compañías, siempre necesarias a nuestra frágil humanidad urgida de escucha e interacción.

A lo mejor, esta cuarta semana de cuaresma, que por demás tiene por inicio el así denominado por la liturgia “domingo de la alegría” será una buena ocasión para propiciar maduros y estimulantes encuentros con los otros; encuentros que en verdad nos representen la alegría de la interacción, del compartir gratuito, de la escucha desinteresada y del diálogo edificante; encuentros en donde nuestras palabras venzan el pesimismo de las propias frustraciones y cedan paso a la lectura esperanzadora de nuestra vida.



Como trabajo para esta cuarta semana de cuaresma, sugerimos traer al pensamiento los distintos rostros con los que estamos familiarizados (nuestros feligreses, nuestros trabajadores, nuestros parientes y nuestros amigos). Luego de considerarlos, responder a los siguientes interrogantes:

- ¿Soy consciente del rol que desempeño, del grado de influencia que mis palabras pueden alcanzar en mis interlocutores?
- ¿Trasmito una postura esperanzadora en los distintos niveles de interacción que tengo con otras personas?
- La mayoría de las veces son los otros quienes me escuchan... ¿yo también me considero pronto para la escucha?
- ¿Siento limitaciones para expresarme o para escuchar? ¿Cuáles podrían ser los motivos?
- ¿Qué tanto tiempo dedico al mes para el encuentro con mis amigos? ¿Lo considero necesario?

Y por qué no...?

Esta semana, ir a visitar a uno de mis amigos.





Quinto domingo

El fruto

Cf. El grano de trigo (Jn 12, 20-33)

El camino cuaresmal poco a poco nos va conduciendo al final de esta experiencia cuya meta es la celebración de la Pascua. Y no hay mejor manera de expresar este misterio de amor que a través de la imagen del grano de trigo. Nuestro Maestro, grano fecundo enterrado en la tierra, se ha convertido para todos los que creen en Él en fuente abundante de vida.

En clave de esperanza, nuestra vida sacerdotal está llamada a ser imagen y reflejo del grano caído en tierra, que aunque muerto, enigmáticamente se convierte en germen de vida. Nosotros lo admitimos como cierto, y lo sabemos no solo porque lo creamos como una verdad irrefutable de fe asociada a la vida de Cristo, sino porque lo hemos experimentado: la fecundidad de la entrega, que se ha hecho efectiva todos los días de nuestra vida ministerial, y en la que hemos venido sintiendo simultáneamente la exigencia de la cruz y la satisfacción del deber cumplido.

Particularmente, estos días próximos a la semana santa se caracterizan por su intensidad. En verdad, estaremos “entregándonos” y redescubriendo los motivos que seguirán llevándonos a una continua entrega cotidiana de nuestra vida, mientras vamos recordando y profundizando en los acontecimientos de la pasión de Jesús.





Ahora que nos aproximamos a la celebración de los días santos convendrá unirnos más íntimamente a los sentimientos de Jesús. ¡Somos otros Cristos!, y como Cristo, llamados a seguir entregándonos siempre. De nuestra propia entrega seguirá dependiendo la fecundidad de nuestro ministerio y la alegría de nuestros corazones. Por tanto, no dejemos de entregarnos, como Jesús, por amor a nuestras comunidades, por el debido amor propio, y sobre todo, por amor a Aquel que da sentido y fundamento a nuestra vida: El Maestro.



Como trabajo para esta quinta semana de cuaresma, sugerimos traer al pensamiento las múltiples y distintas pruebas de amor que hemos recibido de nuestro Maestro. Luego de considerarlas, responder a los siguientes interrogantes:

- Al hacer una relectura de mi propia historia, ¿en verdad me siento amado por el Señor?
- ¿Cómo podría corresponder “hoy” a tanta bondad recibida de parte de Dios?
- En el ejercicio del ministerio, ¿qué experiencias me han unido más fuertemente al misterio de entrega de Jesús?
- ¿A qué debo morir para que mi vida sea cada vez más fecunda?
- ¿Qué cosas me impiden vivir radicalmente la espiritualidad de la entrega como parte de mi respuesta al Señor?

Y por qué no...?

Esta semana, ejecutar un acto de verdadero y generoso desprendimiento en favor de alguien muy necesitado.





Camino Discipular Misionero
Para sembrar la esperanza